

Fonda Lee

Legado de jade

Saga de los huesos verdes: libro 3

Traducción de
Antonio Rivas

Corrección de estilo a cargo de
Natalia Cervera



Título original: *Jade Legacy*
This edition published by arrangement with Orbit,
New York, New York, USA. All rights reserved.
Primera edición: Diciembre de 2023

© Fonda Lee, 2021
© de esta edición, Insólita Editorial S.L., 2023
Traducción: © Antonio Rivas González, 2023
Ilustración de cubierta: © Fran Mariscal Mancilla, 2023
Fotografía de la autora: © Elena Rose Photography
Mapas: © Tim Paul Illustration
Maquetación: Insólita Editorial
Corrección de estilo: Natalia Cervera

Publicado por Insólita Editorial S.L.
www.insolitaeditorial.com

IBIC: FM
ISBN: 978-84-126820-3-8
Depósito legal: B 19892-2023
Impreso en España - Printed in Spain

Se prohíbe la reproducción de cualquier parte de esta publicación, así como su almacenaje o transmisión por cualquier medio, sin permiso previo de la editorial.

*We acknowledge the support of the Canada Council for the Arts
for this translation.*



Canada Council Conseil des arts
for the Arts du Canada

*Para Labna y Aaron.
Con amor y orgullo hacia mi pequeño clan.*

Capítulo 1

Desclanado

El hotel casino Doble Doble no parecía el lugar más apropiado para incitar una revolución; tan solo era un objetivo conveniente porque Bero trabajaba allí y sabía cómo burlar la seguridad. Aunque la ciudad de Yanlún temblaba bajo la repentina llegada del invierno más frío y húmedo en decenios, las luces brillantes y el bullicio de la sala de juego se mantenían a todas horas sin decaer, y el dinero de los jugadores empedernidos y los turistas extranjeros se vertía en las arcas del clan Sin Cumbre. Pero aquel día iba a ser diferente.

Diez minutos antes del mediodía, Bero cruzó la sala del casino empujando un carrito portaequipajes con tres maletas y entró en un ascensor. Los tres hombres de negocios que lo ocupaban mantenían una conversación acalorada.

—La tasa de tributo que me pide Montaña es un quince por ciento más baja. Los Kaul no lo pueden igualar —gruñó un hombre calvo con un traje azul—. Y sin embargo esperan que compita con las cadenas de tiendas extranjeras que están brotando como setas por culpa de los acuerdos comerciales que han impuesto al país.

—¿Preferirías pagar tributo a Ayt Mada? —dijo uno de sus acompañantes, torciendo el gesto.

—Ayt es una asesina hambrienta de poder, pero ¿y qué? Todos lo son. Ella hizo lo que tenía que hacer para mantener en vereda

al clan Montaña —dijo el tercero, un tipo de piel morena—. Al menos pone por delante los intereses de Kekon, y ahora que por fin ha nombrado un heredero, creo que...

La puerta del ascensor, que había empezado a cerrarse, se abrió de nuevo y entraron dos forasteros, que ocuparon el espacio que quedaba al lado del carrito de Bero. Vestían ropa civil, pero no parecían turistas. Los tres hombres de negocios dejaron de hablar y observaron a los desconocidos con desconfianza cortés. Últimamente, Yanlún estaba plagado de empresarios y agentes gubernamentales extranjeros.

El ascensor bajó hasta el sótano y se abrió con un pitido suave. Cuando salieron los demás ocupantes, Bero empujó el carrito y su contenido hasta el aparcamiento y miró el reloj. Los huesos verdes de Sin Cumbre vigilaban como halcones las lucrativas casas de apuestas de la calle del Pobre, pero el número de personas que podían dedicar a patrullar el barrio tenía un límite. Eiten, el antiguo puño que le había conseguido a Bero el trabajo en el Doble Doble, no estaba aquel día. Tras pasarse semanas cronometrando los turnos de seguridad, Bero sabía que, exactamente a mediodía, tampoco habría en el establecimiento ningún otro guerrero de jade del clan. Por supuesto, cuando comenzara el alboroto no tardarían en aparecer, de modo que la velocidad era esencial.

Una furgoneta ocupó la plaza de aparcamiento de al lado de Bero. Tadino se apeó de un salto del asiento del conductor; Otonyo y Guriho salieron por las puertas traseras. A Bero no le caían demasiado bien los tres urtokos, con su acento extranjero y su fea ropa ygutana, y le desagradaba especialmente Tadino, que tenía el ladrido seco y la cara estrecha de un perro ratonero. A pesar de ello, eran las únicas personas que había conocido que odiaban a los clanes de huesos verdes tanto como él, y que querían ver cómo se derrumbaban.

—No nos han parado ni interrogado —graznó Tadino.

Pero aunque hubiera sido el caso, en la furgoneta no había armas ni otros objetos sospechosos. Bero sacó las maletas del carrito portaequipajes, las dejó en el suelo y las abrió. Guriho, Otonyo y Tadino sacaron el contenido: máscaras antiguas, espráis de pintura,

palanquetas, pistolas y granadas de gas lacrimógeno. Cuando estuvieron equipados por completo, Bero usó su llave de empleado para darles paso a la escalera que había al lado de los ascensores. Al llegar arriba abrió la puerta y salieron a un pasillo enmoquetado, tras la cocina del casino.

Tadino sonrió y se cubrió la cara con la máscara antigás. Guriho y Otonyo se dieron sendas palmadas en la espalda y lo imitaron; Guriho se peleó un rato con la máscara para embutir su larga barba bajo el cierre sellado. No se volvieron a mirar a Bero mientras se apresuraban por el pasillo. Otonyo mandó rodando una cápsula de gas hacia la cocina y Tadino arrojó otra al suelo del casino, donde empezó a sisear y esparcir su contenido. Bero se aplastó contra la puerta de la escalera, fuera de la vista, en cuanto empezaron los gritos, a los que siguieron los sonidos de toses, vómitos y pies en estampida. Se oyó un disparo y el alboroto se elevó al máximo: gritos de alarma por encima de los golpes de platos y muebles, cristales rotos, el golpear metálico de las salidas de emergencia y la rápida sacudida de las puertas giratorias del casino mientras los parroquianos del Doble Doble salían a escape y ahogándose del local, desparramándose presos del pánico desde la cálida comodidad de las mesas de juego hasta la amplia acera de la calle del Pobre.

Bero se cubrió la nariz y la boca con un pañuelo y se asomó por la esquina de la escalera. Todavía se oía muchísimo escándalo, pero era difícil ver nada a través del humo. Una parte de él habría deseado estar allí fuera sembrando el caos junto a los otros, disparando al aire, rompiendo a golpes de palanqueta la barra de cristal del bar, destrozando paredes y muebles. Los daños se podrían arreglar, pero le costaría dinero a Sin Cumbre. Sería una humillación para el clan y una declaración que no podría pasar por alto. Frunció el ceño. Era más audaz y tenía la sangre más espesa que cualquiera de los otros. Había hecho cosas que harían que esos perros urtokos se measen encima.

Se retiró a la escalera y cerró la puerta. No necesitaba salir, no tenía nada que demostrar. Si aparecían los huesos verdes, les romperían las piernas a los idiotas que atraparán. Las cosas le habían

ido muy justas suficientes veces y había aprendido a apreciar sus extremidades. Hubo un tiempo en que poseyó jade propio y shine de sobra para que le rebosara el dinero, pero aquello se había acabado. Odiaba a los clanes, pero necesitaba aquel trabajo.

La puerta se abrió de golpe y los tres hombres se dirigieron tambaleándose a la escalera con la mirada fiera, el pelo sudoroso y el pecho jadeante. Bero corrió con ellos de vuelta al aparcamiento. Salió primero y se agazapó tras una esquina cuando el ascensor más cercano abrió la puerta y vomitó media docena de empleados del casino y la cocina. Cuando se hubieron marchado, Bero pulsó el botón de parada de emergencia para evitar que el ascensor volviera a subir, y a continuación dejó salir a los hombres de la escalera. Los tres se quitaron la máscara y arrojaron el equipo dentro de las maletas.

—Escondeos dos semanas; después nos reunimos en el Kaki —les recordó Guriho mientras volvían a la furgoneta.

El vehículo abandonó el aparcamiento y Bero se quedó solo. Usando el carrito, llevó las maletas y su comprometedor contenido hasta el conducto para basura y lo arrojó todo. Comprobó que su uniforme estaba en buen estado y sin manchas, salió a pie del aparcamiento y se fue a disfrutar de su pausa para comer habitual. Cuando regresó, media hora más tarde, había dos coches de policía y un camión de bomberos aparcados ante la entrada del Doble Doble, y también tres huesos verdes de Sin Cumbre recorriendo el local y observando con enfado los destrozos. Unos cuantos huéspedes del hotel temblaban varados en la acera, esperando a que les permitieran volver a su habitación. Bero se metió las manos en los bolsillos y esperó con ellos; disimuló una sonrisa al leer el mensaje escrito con pintura roja en el lado interior de las puertas de cristal de la entrada principal del casino: «EL FUTURO ES DESCLANADO».

Capítulo 2

Traición

Año sexto, primer mes

Kaul Hiloshudon observó a los seis hombres de negocios que cenaban con él y deseó no tener que matar a ninguno. Se habían reunido en el salón privado más grande del restaurante Dos Fortunas y todavía quedaba un montón de comida en la mesa, pero no tenía apetito. Cobrarse la vida de los enemigos era algo que Hilo era capaz de hacer sin vacilación, pero aquellos hombres eran de su propio clan, a los que conocía y con los que había mantenido relaciones hasta cierto punto amistosas en el pasado. Sin Cumbre necesitaba hasta al último de sus miembros leales.

—¿Qué tal la salud de su esposa, Kaul-jen? —dijo Fuyin Kan. La pregunta del linterna cortó las conversaciones alrededor de la mesa y creó un silencio incómodo.

Hilo no perdió la sonrisa, pero la calidez abandonó su mirada cuando la cruzó con la del hombre sentado frente a él.

—La recuperación va lenta, pero se encuentra mejor. Gracias por interesarse.

—Me alegro —dijo Fuyin—. Al fin y al cabo, no hay nada más importante que la salud y la seguridad de nuestra familia. Que el resplandor de los dioses ilumine a Sin Cumbre. —Alzó su copa en dirección a Hilo, y los demás asistentes corearon el brindis.

Fuyin no era el típico linterna sin jade. Portaba dos anillos, piércings en las orejas y una hebilla de jade artísticamente labrado en el cinturón. Era un antiguo puño que quince años antes había abandonado el lado militar de Sin Cumbre para dirigir el negocio familiar, una tienda minorista. A pesar de las amables palabras de preocupación de Fuyin, Hilo podía Percibir su aura de jade como una densa nube tormentosa, erizada de un resentimiento y una desconfianza inconfundibles.

Hilo apartó su plato y se reclinó en la silla mientras los camareros retiraban los cubiertos y rellenaban las tazas de té. No miró a Shae, sentada a su lado, pero podía notar la tensión en su aura. Shae tampoco parecía haber comido mucho. Ya no se podía postergar más la conversación.

—Os he invitado —anunció Hilo— porque mi hombre del tiempo me ha dicho que tenéis preocupaciones que se me deben plantear, y a las que debo responder directamente como pedestal. Todos sois linternas del clan apreciados y respetados, de modo que, por supuesto, quiero que hablemos las cosas y resolvamos los problemas antes de que se conviertan en malentendidos graves.

No fue Fuyin quien respondió primero, sino el hombre calvo sentado al lado de este, el señor Tino. Pertenecía al clan desde hacía mucho y había sido amigo del difunto abuelo de Hilo.

—Kaul-jen, teniendo en cuenta el estado de la economía y la competencia a la que nos enfrentamos en la actualidad, no solo de los rivales, del clan Montaña, sino de las empresas extranjeras, hemos solicitado repetidas veces a la oficina del hombre del tiempo que se reduzcan las tasas de tributo. Como estoy seguro de que recuerdas, Sin Cumbre elevó los tributos para hacer frente a la guerra entre clanes, pero no han bajado significativamente en los últimos seis años.

—Aún estamos combatiendo en la guerra de clanes, aunque no sea de forma abierta —le recordó Hilo—. Montaña tiene la intención de conquistarnos antes o después. Mantenemos los tributos a un nivel razonable para todos y usamos el dinero para reforzar el clan de la forma que el hombre del tiempo considere apropiada.

Al oír la mención, Shae se inclinó hacia delante.

—Tenemos que desarrollar las capacidades de Sin Cumbre si queremos tener la esperanza de prevalecer contra nuestros enemigos —dijo—. Hemos estado actualizando los sistemas tecnológicos, ampliando la academia Kaul Dushuron para poder entrenar a más huesos verdes y levantando oficinas y negocios en el extranjero. — El asistente del hombre del tiempo, Woon Papidonwa, le tendió de inmediato una carpeta. Shae la abrió y sacó un fajo de documentos—. Puedo mostraros el presupuesto del clan para el año entrante, y dónde van exactamente los ingresos por tributos a...

—No dudo que estés gastando el dinero —interrumpió con un gesto de impaciencia otro linterna, el profundamente bronceado señor Eho—. El problema es cómo lo estás gastando. Sin Cumbre sigue intentando hacer negocios en Espenia, lo que sin duda perjudicará a nuestro país a la larga. —Evitó mirar al hombre del tiempo, a quien ya había criticado en otras ocasiones—. Los jóvenes estáis demasiado influidos por las costumbres extranjeras. Por eso hay más delitos y problemas sociales estos días. Lo que pasó la semana pasada en el casino Doble Doble, por ejemplo. Un escándalo. Y no han atrapado a los gamberros responsables.

Hilo entrecerró los párpados al oír aquel tono de sermoneo.

—Si quieres culpar a alguien por ese crimen —intervino—, piensa en cuántos pandilleros barukanos ha traído al país y unido a sus filas el clan Montaña. Pero nos estamos yendo por la tangente. Sé que el clan Montaña nos está minando; que os está ofreciendo tasas de tributo menores, y de repente os parece injusto pagar la cantidad habitual cuando podríais sacar más tajada.

El silencio incómodo que le respondió fue una confirmación más que suficiente. Varios linternas evitaron cuidadosamente su mirada. Fuyin Kan, sin embargo, no apartó los ojos.

—Cambiar las lealtades sería una decisión drástica y difícil —dijo. No solo afectaría a las finanzas de los linternas, sino al lugar donde tendrían que vivir, a qué escuela de artes marciales podrían asistir sus hijos, a sus contactos sociales y a quiénes serían sus amigos y sus enemigos—. No queremos llegar tan lejos, y es por ello que hemos venido en grupo con la esperanza de alcanzar un entendimiento.

Los otros linternas se inclinaron hacia delante, mostrando su acuerdo. Fuyin había dejado que otros hablaran primero, pero era evidente que era quien los lideraba, como había sospechado Hilo. «Esto va a acabar mal», pensó. Estaba seguro. A pesar de ello, dijo:

—Ahora mismo no podemos rebajar los tributos, pero os doy mi palabra de pedestal de que cuando crezcan nuestros negocios en el extranjero, compartiremos los beneficios con todo el clan. La oficina del hombre del tiempo irá ajustando vuestros tributos a la baja, por etapas, a lo largo de los cinco próximos años. —No tenía ni idea de si aquello tenía sentido desde un punto de vista financiero, pero sonaba razonable. Dado que el aura de Shae no empezó a llamear de ira hacia él, supuso que era factible.

Fuyin negó con la cabeza.

—Eso no es un compromiso en absoluto. Todos estamos de acuerdo en que lo justo sería que Sin Cumbre igualara la oferta de Montaña. Y estamos convencidos de que es necesario un cambio en la dirección del clan. Que se ponga fin al incremento de los negocios en el extranjero y se concentren los esfuerzos en defender nuestros intereses en casa.

Ondas de consternación recorrieron el aura de jade de Shae, pero respondió con firmeza:

—Si rebajamos los tributos a la vez que renunciamos a nuestra fuente de ingresos de crecimiento más rápido, el clan perderá dinero por los dos lados. Nosotros mismos estaremos organizando nuestra destrucción.

Algunos linternas murmuraron al oír aquello, pero Fuyin extendió las manos.

—A Montaña le va bien. ¿Estás diciendo que Sin Cumbre no puede hacer lo mismo? Y si es así, ¿puedes culparnos si decidimos actuar unidos por el bien de nuestro futuro?

No sonó como una amenaza, pero lo era. Fuyin había reunido a media docena de linternas desafectos y ahora estaba diciendo que si Sin Cumbre no accedía a sus demandas colectivas, desertarían en bloque y se pasarían a Montaña. Ni siquiera Shae tenía respuesta inmediata a una extorsión tan descarada.

Hilo sintió que lo cubría una capa de ira lastrada con decepción.

—Fuyin-jen —dijo, concentrando toda su atención en el antiguo puño y haciendo caso omiso de los demás—, ¿por qué vienes a hacerme peticiones cuando ya te has entregado a Montaña? ¿Ayt Mada te ha ordenado que intentes arrastrar a estas personas en tu caída?

El rostro de Fuyin se convirtió en un muro inexpresivo.

—¿Cómo dices?

—Llevas meses pagando tributo al clan Montaña. Puedo enseñarles a los demás las pruebas que ha encontrado Maik Tar... o puedes reconocerlo en vez de mentirme a la cara. —Las palabras de Hilo salieron con tranquilidad, pero cargadas con un gélido augurio inconfundible—. No eres solo un linterna como los otros; eres un huesos verdes que ha traicionado su juramento al clan.

En torno a la mesa se extendió un silencio absoluto. El lejano rumor de fondo, proveniente del Dos Fortunas desde el otro lado de las puertas correderas, pareció atronador. Los otros linternas palidieron y se echaron hacia atrás en sus asientos mientras Fuyin se ponía en pie lentamente.

—¿Me acusas de traicionar al clan? Yo era un puño de primera categoría cuando no eras más que un mocoso insolente que iba a la academia. Tú, Kaul Hiloshudon, eres el que nos ha traicionado a todos. —La amargura que había sentido Hilo en el aura de Fuyin se hinchó hasta convertirse en una tormenta, y se desprendió el cuidadoso barniz de cortesía que había mantenido hasta aquel momento—. Mi padre levantó un negocio próspero de la nada, sin más que su sudor, su esfuerzo y el patrocinio del clan. Gracias a los dioses que ya no está vivo para ver cómo echan a su empresa del mercado, y todo porque has abierto nuestro país a los extranjeros como una puta abre las piernas. —Su voz empezó a sonar temblorosa y enronquecida—. Mi hijo te admiraba inmensamente y quería ser como tú. Solo tenía veinte años, apenas llevaba seis meses como dedo, cuando lo mataron por nada, en una guerra de clanes que nunca se habría producido con tu hermano ni con tu abuelo. ¿Tienes la arrogancia de esperar mi lealtad? No, Kaul-jen, eres un cachorro de pedestal, y tu hermana les lame las botas a los espenios. No te debo nada.

Hilo guardó silencio durante un momento extrañamente largo. Podía Percibir los pulsos acelerados y las respiraciones contenidas a su alrededor, especialmente en Shae, pero parecían algo remoto en comparación con la sensación de presión creciente en sus manos y su cabeza.

—Fuyin-jen —dijo al fin—, me doy cuenta de que las desdichas que has sufrido han hecho que me odies, pero cometes un error al dejar que Ayt Mada te utilice. —Se puso en pie frente al linterna—. Podías haber venido a hablar conmigo en cualquier ocasión si estabas tan descontento. Si los problemas con el negocio te hacían sentir ganas de dejarlo todo, o si no podías perdonarme por la muerte de tu hijo, podías haberme solicitado marchar honorablemente, quizá incluso para formar tu propio clan en otra parte del país. Teniendo en cuenta la buena reputación y los sacrificios pasados de tu familia, lo habría permitido. No deberías haber desertado para irte con Montaña, y no deberías haber arrastrado a otros para intentar hacer daño a Sin Cumbre con esta puta farsa.

Fuyin se irguió en toda su estatura. Era más alto que el pedestal y, aunque bien entrado en la cuarentena, se mantenía en una forma física excelente y entrenaba con huesos verdes mucho más jóvenes.

—¿Insinúas que debería haber rogado abandonar la ciudad en la que nací para vivir como un paria indigno? ¿Esperas que me corte la oreja y suplique por mi vida? ¡Jamás! —Su expresión se endureció con una determinación terrible—. Kaul Hiloshudon, pedestal de Sin Cumbre, te ofrezco una hoja limpia. —Un murmullo de temor estupefacto recorrió la sala. Hacía años que nadie retaba a duelo a Kaul Hilo—. Indica el lugar y el arm...

—Me niego. —Las palabras de Hilo congelaron el aire de la sala. El famoso mal genio del pedestal asomó en su rostro—. Eres un traidor. No mereces un duelo. Siento la muerte de tu hijo y tu mala fortuna en los negocios, pero somos muchos los que hemos sufrido tragedias terribles en nuestra vida y no hemos quebrantado nuestro juramento de hermandad.

Fuyin se quedó perplejo momentáneamente. Incluso Shae y Woon observaron a Hilo con sorpresa. Que se supiera, Kaul Hilos-

hudo jamás había rechazado un desafío personal. Fuyin se echó hacia atrás, incrédulo.

—Eres un cobarde —escupió.

—Soy el pedestal del clan —replicó Hilo—. Sería estúpido si no creyera que todavía eres un luchador capaz, Fuyin-jen. Quizá tú no tengas ya nada por lo que vivir, pero yo no me puedo arriesgar a sufrir heridas que me aparten un tiempo de mi familia y mis responsabilidades. —Hilo frunció el ceño ante sus propias palabras; era consciente de que se estaba explicando su negativa a sí mismo, más que a Fuyin—. Si quieres conservar la vida, puedes entregar tus posesiones al clan y aceptar exiliarte de Kekon. En caso contrario, te puedo conceder una muerte trascendente, con un arma en la mano. Eso es todo.

Mientras Hilo hablaba se abrió la puerta de la sala y entró Juen Nu, el cuerno de Sin Cumbre, acompañado por Maik Tar e Iyn Ro. Los tres huesos verdes habían estado esperando abajo las órdenes de Hilo, preparados para entrar si Percibían cualquier amenaza por parte de los hombres sentados a la mesa. El señor Tino y el señor Eho se apartaron de Fuyin con los ojos abiertos como platos, como si se hubiera convertido en un explosivo con la cuenta atrás activada. Los ojos de Fuyin miraron a todas partes y sus manos temblaron mientras se quedaba solo. Juen, Maik e Iyn empezaron a rodear la gran mesa redonda, dirigiéndose hacia él por ambos lados. Ningún linterna se atrevió a abandonar su asiento.

Shae empezó a levantarse; su aura chisporroteaba alarmada. El hombre del tiempo había convocado a aquellos linternas a lo que se suponía que iba a ser una comida de negocios conciliadora, pero iba a convertirse en una ejecución.

—Hilo —siseó, lo bastante fuerte para que la oyeran—. No está bien hacer esto aquí, así. Vamos a...

Nadie oyó el resto de su sugerencia, porque Fuyin sacó de repente una pistola compacta de una cartuchera oculta y empezó a disparar.

Tar reaccionó de inmediato y ejecutó una Desviación delante del pedestal, que hizo que las balas de pequeño calibre rebotaran directas al techo y derribaran dos lámparas colgantes. Woon aga-

rró a Shae por el brazo y la arrastró tras de sí, cubriéndola con su cuerpo. Juen e Iyn empujaron al suelo a los otros linternas. Fuyin Kan soltó la pistola, se lanzó ejecutando Ligereza y cubrió con un único salto feroz la anchura de la mesa; su cuchillo garra desenvainado buscó la garganta de Hilo.

Hilo hizo frente al ataque; saltó con Ligereza sobre la mesa, atrapó el codo de Fuyin y bloqueó el impulso de este y la trayectoria del arma. Empujó con fuerza el centro de gravedad de su oponente y le hizo perder el equilibrio en cuanto le falló el control de la Ligereza y sus pies tocaron la mesa. El antiguo puño se tambaleó, pero lanzó un golpe letal de Canalización que rebotó por los pelos en el Acero de Hilo; este giró el torso, pivotó bruscamente y arrastró al otro hombre con su rotación. El pie de Fuyin tropezó con una sopera medio llena al avanzar tambaleándose hacia el borde de la mesa. Platos, vasos y comida saltaron por los aires a su paso.

Muchos años antes, cuando era un adolescente en la academia, Hilo había realizado prácticas de equilibrio y Ligereza enfrentándose a adversarios sobre cornisas estrechas y plataformas oscilantes. En su momento, aquellos ejercicios le habían parecido una tontería; las peleas tenían lugar sobre asfalto y hormigón, no sobre troncos que flotaban hacia una catarata, como se veía en las películas. Sobre la plataforma de la mesa del comedor dedicó una fracción de segundo a recordar a sus instructores explicándole que ningún huesos verdes, por muy bien preparado que esté, tiene garantizado que podrá elegir unas condiciones ideales. Enredados, los dos cayendo hacia delante, Hilo alargó la mano izquierda y rodeó desde atrás la cabeza de Fuyin como si fuera un balón relevo y se estuviera preparando para hacer un pase. El cuchillo garra que apareció en su mano derecha se alzó como un relámpago y se hundió en el cuello de Fuyin. Agarrándolo por el pelo, le empujó la cara hacia la mesa y el cuello más a fondo en la hoja mientras aterrizaba de rodillas en medio de un clamor de platos rotos. Hilo empujó hacia delante y arriba el cuchillo con toda su Fuerza, cortando la tráquea.

Fuyin pataleó un momento más, tirando más objetos de la mesa, hasta que por fin quedó inmóvil. Bajo su barbilla se exten-

dió un charco de sangre que creó una mancha oscura en el mantel rojo y se mezcló con la sopa derramada y los trozos de comida esparcidos. Hilo se bajó de la mesa. Todo había sucedido en menos de un minuto, y aún tenía los oídos embotados a causa de los disparos en aquel espacio cerrado. Cuando se dirigió a los otros cinco linternas, que se empezaban a levantar del suelo, no estaba seguro de si estaba gritando o hablando con tono normal.

—¿Alguno más tiene un agravio personal o está tan descontento que quiera hacer suyas las exigencias de Fuyin?

Los linternas se pusieron en pie con actitud dócil. El señor Eho miró el cadáver de Fuyin y tragó saliva ruidosamente; a continuación se llevó las manos unidas a la frente e hizo una profunda inclinación hacia el pedestal.

—Kaul-jen, me avergüenza decir que seguí a Fuyin impulsado por la avaricia y el egoísmo. No sabía nada de su escandalosa y aborrecible traición al clan. Me siento agradecido y perfectamente satisfecho con el compromiso que has sugerido sobre las tasas de tributo.

—Yo también, Kaul-jen —se apresuró a decir el señor Tino mientras se sacudía los pantalones—. Perdona mi estupidez. Creí que Fuyin estaba reclamando por todos nosotros, pero ahora me doy cuenta de que me equivoqué al confiar en él. Tenemos la suerte de que hayas visto sus intenciones de inmediato.

Los otros linternas asintieron con expresión avergonzada y reiteraron su lealtad inquebrantable al clan.

Hilo reprimió las ganas de ordenar que le dieran una paliza a cada uno antes de exigirles que se cortaran una oreja ante él para conservar su patrocinio. No le pareció que aquellos comerciantes tuvieran la sangre bastante espesa para soportarlo, y con el cadáver de Fuyin aún encima de la mesa había dejado ya bien claro su punto de vista. No tenía mucho que ganar intimidándolos más, aparte de darse la satisfacción. Se apartó con disgusto.

—Sacadlos de aquí —ordenó a los puños.

Iyn Ro acompañó a los escarmentados linternas hasta la salida. Estaban demasiado ansiosos por largarse de allí, y se marcharon echando breves miradas nerviosas hacia atrás. Era posible que al-

gunos se arrepintieran o se preocuparan lo suficiente para regresar más tarde con una oreja en una caja, pero a Hilo le daba igual. En su opinión, nunca se podía contar con los linternas sin jade. Protegidos por el aisho y motivados por el dinero, esperaban fuerza y protección del clan que los patrocinaba, pero mudaban sus alianzas en su propio beneficio y por supervivencia. No le podía criticar a Ayt que hiciera lo posible por robárselos.

—Será mejor que vaya a hablar con el señor Une y calme las cosas abajo —dijo Juen. El sonido de los disparos y la violencia habría alterado sin duda la hora de la comida en el Dos Fortunas y puesto nervioso al viejo hostelero.

Cuando el cuerno se marchó, Tar pasó un brazo por los hombros de Hilo.

—Has acabado con él demasiado deprisa, Hilo-jen —dijo con un falso tono de reproche—. Soy tu asistente. ¿No podrías haberme dejado ganar un poco de su verde?

Hilo contempló con disgusto el cadáver tendido de Fuyin, sin devolverle la sonrisa a su cuñado.

—Toma su jade para el clan —dijo—. No me apetece portarlo, sabiendo que su hijo murió por Sin Cumbre cuando yo era el cuerno.

Empezó a dirigirse hacia la puerta. Shae le cortó el paso; su aura de jade rozaba contra la de él con disgusto.

—¿Te vas a ir sin decir nada más? —exigió. Hilo ensanchó las narinas al oír el tono de su voz.

—¿Qué más quieres que diga? Me dijiste que esta reunión era necesaria para arreglar las cosas con esos linternas protestones. Ya han dejado de protestar, ¿verdad?

—¿No te parece que deberíamos haber hablado antes si estabas planeando ejecutar a Fuyin delante de todos? ¿Por qué no me dijiste que tenías pruebas de que se había pasado a Montaña?

—Porque no las tenía —espetó Hilo—. Tenía una sensación. Cuando vi cómo reaccionaba, entonces estuve seguro. Ya me guardaba rencor, así que no es sorprendente que Ayt lo enredara. Estaba decidido a morir y llevarme con él a la tumba.

A pesar de saber aquello, Hilo no podía evitar tomarse como algo personal la traición del antiguo puño. Las acusaciones de Fu-

yin no dejaban de resonarle en la cabeza, y solo quería salir de allí y alejarse del cadáver. Empezó a rodear a Shae, pero ella volvió a interponerse en su camino.

—Esto no es bueno, Hilo —insistió—. Ejecutar a un traidor puede mantener en vereda a la gente algún tiempo, pero no resuelve los problemas que han hecho que esos linternas se volvieran contra nosotros. No hemos hablado de las cosas de la forma en que deben hablar un pedestal y su hombre del tiempo.

Hilo se inclinó hacia su hermana mostrando los dientes.

—¿Quieres hablar conmigo como hombre del tiempo? Entonces haz el puto trabajo de un hombre del tiempo. Dime cómo cojones puede Montaña gastar más que nosotros y robarnos nuestros negocios con tasas de tributo que sabemos que son insostenibles. Dime cómo detenerlos y ganar. Y si no me puedes decir eso, ahórrame tus malditos sermones.

Shae abrió la boca para replicar, pero volvió a cerrarla con tanta fuerza que Hilo oyó el chasquido de las muelas al golpear. Lo miró con furia, la cara roja de indignación. Woon, que se había mantenido cerca, le puso una mano en el hombro y la contuvo mientras Hilo salía por fin de la sala.

Juen seguía hablando con el nervioso señor Une, lo que permitió a Hilo librarse de los retorcimientos de manos y las secadas del frente del viejo hostelero. Algunos de los clientes habituales del Dos Fortunas a la hora de la comida se habían marchado durante el breve estallido de violencia, quizá preocupados por que se extendiera al resto del restaurante o asustados por el ataque de los anarquistas al casino Doble Doble la semana anterior. Otros, sin embargo, aún rondaban por allí. Cuando apareció Hilo murmuraron respetuosamente, se llevaron las manos a la frente e intentaron echar una ojeada detrás de él, al cadáver de la sala, estirando el cuello con la clase de curiosidad morbosa que inspiran los accidentes de tráfico espectaculares o los edificios en llamas. Para cuando llegara la noche, por todo Yanlún habría corrido la voz de que Fuyin Kan había muerto por traicionar a su clan.

Hilo cruzó la puerta principal y montó en el asiento del conductor del Duchesse Signa. Tenía su propia plaza de aparcamiento

en el Dos Fortunas, reservada cada vez que comía allí. Tar lo siguió, dio unos golpecitos en la ventanilla del copiloto y metió los brazos cuando Hilo bajó el cristal.

—¿Adónde vas? —preguntó el asistente del pedestal, con un tono malhumorado que podía ser instinto de protección o simple disgusto por que lo dejara atrás.

—A dar una vuelta; necesito despejarme —dijo Hilo; arrancó el coche—. Ayuda a Juen y a Iyn a arreglar las cosas ahí arriba. —Hubo una época en que Hilo habría dudado en dejar que Maik Tar e Iyn Ro se ocuparan juntos de un asunto del clan, dado que tenían una relación que variaba entre lo frío y lo tempestuoso, pero en aquel momento estaban bien avenidos—. Y prepárate para tu viaje a Puerto Massy. Allí hará frío; lleva ropa de abrigo. ¿Tienes todo lo que te hace falta? ¿Billetes, pasaporte y demás?

—Sí, claro —dijo su cuñado.

—Volveré en un par de horas.

Dejó a Tar en el aparcamiento; visto por el retrovisor, tenía un aspecto vagamente desamparado mientras contemplaba como se alejaba el Duchesse.

Hilo condujo media hora en ninguna dirección en especial, con la calefacción a tope desafiando el aire gélido que cubría la ciudad como una toalla fría cubre la piel. Las calles tenían un aspecto apagado poco habitual, con los vivos colores de Yanlún desteñidos por un cielo gris y sin sol. A la gente le emocionaba que la nieve estuviera cayendo en las montañas.

Sin pensarlo conscientemente se encontró conduciendo por las Dársenas y deteniéndose delante del club de caballeros Lila Divina. A lo largo de los años habían cambiado muchas cosas en Yanlún, pero el Lila Divina no era una de ellas. Era, caviló Hilo con ironía, un negocio fiable al que no amenazaban los tiempos modernos ni la competencia extranjera. Un aparcacoches se llevó el Duchesse, y, en cuanto Hilo cruzó la entrada, la señora Sugo, la linterna propietaria, lo saludó con una sonrisa que le resultó claramente falsa. La señora Sugo nunca le había mostrado la menor

descortesía, por supuesto, y siempre se aseguraba de que en sus visitas encontrara exactamente lo que hubiera pedido, pero sentía decididamente poco entusiasmo ante las apariciones irregulares e imprevistas del pedestal.

—Kaul-jen —saludó la señora Sugo, y lo llevó a una lujosa habitación perfumada con aroma de rosas en la que había un sofá—, es un placer verte de nuevo. ¿Quieres que mande llamar a Sumi? ¿O a Vina?

Hilo negó con la cabeza y respondió:

—A otra.

La sonrisa pintada de la señora Sugo vaciló, pero se mantuvo animosamente en su lugar.

—¿Puedo preguntar, Kaul-jen, con el interés de servirte mejor, si hay algo objetable en cualquiera de las mujeres con las que has pasado tiempo aquí?

—Son putas —dijo Hilo, no con maldad, sino por simple fatiga. Dejó la chaqueta en el respaldo del sofá y se sirvió un vaso de agua aromatizada con limón de la jarra que había en la mesa—. Basta con que no me traigas a ninguna de las que usó mi hermano. No me gusta esa idea.

La señora Sugo apretó los labios, ocultó su disgusto con una reverencia de aceptación, salió de la habitación y cerró la puerta a su paso. Hilo se hundió en el sofá, cerró los ojos y se frotó las comisuras con los pulgares. Jamás entendió por qué Lan acostumbraba a ir a aquel sitio; suponía que se sentiría desesperadamente solo. Ahora, sentía lástima de sí mismo al verse en la misma situación. Hacía seis años que era pedestal del clan. Más tiempo que Lan. Su hermano y él no se habían parecido mucho, pero quizá el cargo de pedestal provocara el mismo efecto en todos los hombres: los aislaba y agotaba antes de matarlos, ya fuera de prisa o despacio.

No pudo evitar preguntarse si Ayt Mada, que había asesinado a tantos miembros de su propio clan, se sentía alguna vez tan profundamente decepcionada o dolida de la misma forma que él, o si era de natural impassible y capaz de actuar sin sentimientos. Hilo había intentado, sin éxito, que la familia Ven del clan Montaña asesinara a Ayt, de modo que no era sorprendente que su enemi-

ga intentara explotar del mismo modo cualquier descontento o debilidad que existiera en Sin Cumbre. Aun así, Shae tenía razón, por mucho que Hilo odiara reconocerlo. La traición de Fuyin no era un agravio aislado, y su muerte no resolvería el problema más amplio y evidente: tras intentar muchas veces matar a Hilo y fracasar, Montaña había emprendido una campaña tenaz para destruir económicamente a Sin Cumbre.

Llamaron a la puerta con suavidad. Hilo se levantó del sofá, abrió y se encontró ante una mujer guapísima, de piel más oscura y con más curvas que la que lo había atendido en su última visita, hacía dos o tres meses. Llevaba una bandeja de ébano con una botella de hoji, unos cuantos pastelillos de dátiles colocados artísticamente en un plato de porcelana y dos copas.

—Kaul-jen —dijo solícita, pero con una tensión subyacente en la voz que indicaba que la señora Sugo y las otras encantadoras la habían aleccionado sobre lo que podía esperar—. ¿Puedo pasar?

Hilo le sujetó la puerta. La mujer colocó la bandeja en la mesa, frente al sofá; se arrodilló al lado y se plegó con delicadeza el dobladillo de la manga. Después abrió la botella de hoji y llenó las dos copitas. El hoji era añejo y desprendía un aroma complejo e intenso. Hilo vació su copa.

—Métete en la cama —dijo de inmediato.

—Kaul-jen —dijo la mujer, con tono sugerente y sosegador—, no tenemos ninguna prisa. Te puedes quedar toda la noche. ¿Por qué no te relajas un rato y me permites ofrecerte una experiencia más disfrutable? Sin duda te vendrá bien alejarte un rato de las exigencias de ser el pedestal. Bebamos otra copa, y puedes contarme cómo te ha ido el día.

Hilo le dirigió una sonrisa irónica.

—Tengo una mujer e hijos en casa; no necesito conversación. —Se puso en pie—. Si colaboras, no tardaremos mucho.

La encantadora se quedó mirándolo. Abrió la boca como si fuera a intentar convencerlo una vez más, antes de llegar aparentemente a la indignada decisión de no molestarse. Sin más intentos de fingir, vació su copa de hoji de un solo trago, se levantó, desató el fajín que le ceñía la túnica de seda y la dejó caer al suelo de

cualquier forma. Se tendió desnuda en la cama con una mueca de resignación que a Hilo le pareció más atractiva que la sonrisa ensayada, pues al menos era sincera. Tenía la piel suave y un lunar en el abdomen, cerca del ombligo.

Hilo se desnudó. La encantadora abrió mucho los ojos al ver las manchas de sangre en los puños de la camisa, mientras se los desabrochaba, y el cuchillo garra que se desenganchó del cinturón y dejó en la mesita, al lado de la bandeja. Los abrió aún más al observar el torso desnudo: las relucientes piezas de jade engarzadas en las clavículas, el pecho y los pezones.

—No toques ninguna y no te harán nada —dijo Hilo, identificando el nerviosismo en los ojos de la mujer. Cogió un condón de cortesía de la mesilla—. Date la vuelta y ponte a cuatro patas.

Cuando acabó de follarla y ella se fue al cuarto de baño, Hilo se vistió, recogió la chaqueta y el cuchillo y se comió dos pastelillos de dátiles. Dejó una generosa propina en la mesilla. La mayor parte de las ganancias de las encantadoras procedían los clientes fijos, que muchas veces les hacían regalos y pagaban extra por tener acceso exclusivo. Ya que no esperaba volver a ver a aquella mujer, consideró que era justo que le dejara una compensación adicional por el tiempo que había perdido.

En la planta baja, la señora Sugo le deseó buenas noches con una sonrisa tensa. Hilo podía entender su irritación. El Lila Divina era un establecimiento de alta categoría, con encantadoras que podían tocar música, recitar poesía y acompañar a sus clientes a galas de etiqueta. Él lo usaba como un simple burdel. El Duchesse lo esperaba delante del edificio; el aparcacoches no se había molestado en llevarlo a otro sitio, pues sabía por las visitas anteriores que era poco probable que pasara mucho tiempo en el club. Hilo rodeó por completo el vehículo y se inclinó para mirar debajo. Desde que a Maik Kehn, su cuñado y antiguo cuerno, lo había matado una bomba oculta en un coche, Hilo era extremadamente cuidadoso con los coches y los chóferes de la familia, y prestaba atención a las amenazas que no podían Percibir los sentidos jade.

—¿Lo has perdido de vista, siquiera un segundo? —preguntó. El aparcacoches le juró por su vida que no. Convencido de que

nadie había manipulado el vehículo, Hilo se subió, arrancó y se dirigió a casa.

Entró en la casa antes de la cena. Su madre y Kyanla, el ama de llaves, estaban charlando en la cocina, y pudo oler las verduras friéndose. Niko, un lector precoz, levantó la vista desde el sitio que ocupaba en el sofá solo lo justo para decir «Hola, tío» antes de volver a su tebeo, pero Ru y Jaya corrieron a recibirlo y parlotearon interrumpiéndose constantemente entre ellos para atraer su atención y contarle cosas. Hilo besó a su hijo en la cabeza, dejó que su hija se le subiera a la espalda y la llevó a caballito escalera arriba.

—¡Papá, enséñame tu jade nuevo! —dijo Ru, siguiéndolos de cerca.

Hilo se giró en lo alto de la escalera y miró al niño.

—¿De qué jade nuevo hablas?

—El jade nuevo que has ganado —exigió Ru, poniéndose de puntillas y agarrándose a la cintura de Hilo—. El tío Tar dice que hoy has matado a alguien, a un hombre que estaba en el clan, pero que se volvió malo. ¿Dónde está tu jade nuevo?

Hilo dejó escapar un gruñido de desaprobación. Su cuñado debía de haber llegado a casa antes y ya había llenado los oídos de los niños con un relato simplificado de los sucesos del día. Tar siempre era sincero con sus sobrinos sobre la realidad de ser un huesos verdes, y sentía que era justo que entendieran que su padre no era solo su padre, sino también el jefe de un clan grande y poderoso, por lo que a menudo estaba ocupado y no iba a casa. Que tenía enemigos que querían matarlo, y que a veces él tenía que matarlos primero para poder volver a casa todas las noches y arroparlos cuando se iban a dormir.

No era que Hilo no estuviera de acuerdo con Tar, pero no quería que Ru pensara demasiado en historias de huesos verdes. Solo servirían para que se obsesionara con lo que le faltaba, en vez de tener confianza en quién era. Ru era un ojos de piedra; jamás podría portar jade ni ocupar un puesto importante en Sin Cumbre.

A Hilo lo entristecía que no pudiera convertirse en un guerrero de jade, pero de algún modo también era un alivio saber que uno de sus hijos podría llevar una vida sencilla y más segura.

—No tengo jade nuevo —dijo con seriedad—. Ya porto suficiente y debemos reservar para el futuro el verde que consigamos, pues ya somos muy afortunados. Y deja de hacer caso a todo lo que te cuenta el tío Tar. —Hilo se inclinó y bajó a Jaya, y después les revolvió afectuosamente el pelo a los dos—. Bajad y preparaos para cenar.

Cuando los niños se marcharon, Hilo se irguió y abrió la puerta del dormitorio. Wen estaba descansando, reclinada en la cama con la espalda apoyada en almohadas contra la cabecera. Parecía cansada, como le ocurría siempre tras las sesiones de fisioterapia. Volver a aprender a hacer las cosas más sencillas, como caminar despacio, pasar una taza de una mano a la otra o mantenerse en pie sin apoyarse en nada, le exigía un esfuerzo tremendo que la dejaba agotada física y emocionalmente.

Hilo se quedó en la puerta unos instantes, y después se acercó a la cama y se sentó en el borde, al lado de Wen. Le apoyó una mano en la pierna estirada.

—¿Cómo ha ido hoy?

—No ha sido horrible —dijo Wen—. Puedo... t-tocarme los dedos de los pies y... levantarme otra vez sin caerme. —Sonrió débilmente—. Toda una v-victoria.

A Hilo le rompía el corazón ver a Wen tan débil e impotente, oírla hablar con tanta dificultad. A veces había tenido que salir de la habitación, incapaz de soportar el verla llorar de frustración ante su incapacidad para hacer algo tan sencillo como terminar una frase que estaba perfectamente formada en su mente pero no brotaba de forma correcta. Al menos estaba mucho mejor que un año antes, cuando no podía mover en absoluto un lado del cuerpo y apenas podía hablar de forma coherente. En aquella época, cuando Hilo ni siquiera estaba seguro de que su mente y su personalidad hubieran sobrevivido intactas, le avergonzaba reconocer que hubo horribles periodos de desesperación en los que se había preguntado si no habría sido menos insufrible para los dos que Anden no hubiera tenido éxito en el intento de revivirla.

Wen siempre había sido elegante y bien articulada, llena de confianza de una forma amable, con una voluntad perceptiva y decidida. La había amado más que a nada en el mundo. Ahora no sabía qué sentía. A veces, cuando miraba a su esposa, experimentaba un brote de deseo febril y devorador de abrazarla, y hacerle el amor, y protegerla a toda costa. Más a menudo, sin embargo, sentía una ira sorda y dolorosa, una fría incredulidad y una rabia implacable. Lo había desobedecido, le había ocultado muchas de sus actividades y se había puesto en peligro, a punto de dejarlo viudo, y a sus hijos, huérfanos. Él había hecho todo lo posible por mantenerla a salvo y darle todo lo que pudiera querer, por ser bueno con ella, y ella les había provocado todo aquel dolor.

—¿Shae... viene... esta noche? —preguntó Wen.

—No.

—Deberías... in-in-in... —Hilo la veía intentar atrapar la palabra, intentar expulsarla de su garganta como si fuera un bocado de comida atascado—. Pedirle... que venga con más frecuencia.

Hilo se puso en pie sin contestar. Wen alargó la mano, pero él se apartó. Le vio el dolor en los ojos. Ya debía de haberse acostumbrado a eso: a la indecisión de su afecto. A veces, Hilo se odiaba por ello, pero otra parte de su ser quería castigarla, hacerle daño, tanto daño como le había hecho ella a él.

—La cena está lista —dijo Hilo volviendo la cabeza al salir de la habitación—. Si no te apetece bajar, le diré a Kyanla que te traiga un plato.

En Insólita Editorial queremos daros las gracias a todos los lectores y amigos que, con vuestro apoyo a través de Patreon, habéis contribuido a hacer posible esta edición de *Legado de jade*:

Alberto Chicote, Alberto Plumed, Alejandro Marín, Alicia Portero Adalid, Ana B. Nieto, Ani Fouz, Antonio Aráez Iniesta, Antonio Torrubia, Begoña Hernández, Borja Alonso, Carlos Javier Gómez Barbero, Consuelo Abellán, Cristian López Muñoz, David Güemes, David Marín, El_Commutador, erioete, Fernando Enrique Rosón, Francisco Millán Guerra, Gala García, Gaspar Pujol Nicolau, Hell, Igotz Delgado, Irene Sánchez Bravo, Iridiux, Israel L. Escudero, Jefferson Delgado, Jesús R. Rivas, Jonay González, Jose Francisco Cortés Caballero, José Óscar Hernández Sendín, Juan Antonio Docón Palomares, Juan Sánchez, La Bruja Coruja, Laia Torres Guibernau, Maria Lucea Roig, Mercedes Morales, Montse Serrano, Nelly Cuevas, Nominus, Pablo Loperena, Rafa Laguna, Romano Piccio-Marchetti Prado, Sebastian Búcalo Mesa, Torda de Ciudad, Uxía Rivero y Xavi Málaga Barceló.

Y gracias también a ti, lector. Esperamos que hayas disfrutado con la lectura de este libro y, si así ha sido, quizá quieras recomendarlo a tus amigos, difundirlo en las redes sociales o apoyar este proyecto uniéndote a nuestra comunidad en:

www.patreon.com/insolita

También puedes hacernos llegar tus opiniones y sugerencias a través de Twitter (@InsolitaEdit), Instagram (@insolitaeditorial) y Facebook (@insolitaeditorial), y ser el primero en enterarte de todo lo que estamos preparando visitando www.insolitaeditorial.com y suscribiéndote a nuestro boletín de novedades. ¡Buscamos lectores insólitos!